

Nota sobre la belleza como trascendental

MANUEL B. TRÍAS

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza

Νῦν δὲ κάλλος μόνον ταύτην
ἔσχε μοῖραν ὥστ' ἐκφανέστατον
εἶναι καὶ ἐρασμιώτατον.

PLATÓN, *Fedro*, 250, d.

Entre los conceptos trascendentales de Bien y Verdad, por una parte, y el de Belleza por otra, se pueden observar notables diferencias aun para una simple inspección fenomenológica.

1. El bien y la verdad rigen de modo permanente nuestra vida. Están siempre presentes como rectores aunque nuestra vivencia de ellos sea vaga. No así la belleza que aparece como *un regalo* y sólo *a veces*. Es gratuita, innecesaria a primera vista en este mundo donde ella cumple un papel tan oscuro.

Bien es aquello que todos apetecen y deben apetecer. Para *ninguna acción* deja de regir el imperativo de estar ordenada a un Bien supremo, ninguna escapa, ni la más ínfima. La *verdad* es el correlato constante que postulamos para dar sentido a nuestra conducta; un bien ficticio no es el bien. De la verdad de nuestra concepción del cosmos depende la autenticidad y razón de ser de nosotros mismos. *Cada acto* de nuestro ser ha de ser confrontado con esa verdad. De ella (de lo que ella sea) dependemos nosotros y todo lo nuestro. Es aquello sin lo cual nuestra naturaleza espiritual no tendría razón de ser, pues nada significaría un espíritu que no “leyera” en el ser, que no se orientara al ser contemplativamente.

Con la *belleza* no ocurre lo mismo. No estamos obligados a preguntar a cada instante ¿esto es bello? como nos preguntamos ¿esto es verdad? ¿esto es bueno?

Sobre lo bello no necesitamos *preguntar*; se manifiesta sin proble-

ma previo reflexivo. Lo bello brilla sin ser buscado, se entrega, se aparece. Es un regalo que hallamos ahí.

No se busca la belleza como se busca la verdad, que siempre tiene un velo. Ni se busca como al bien; el bien de una acción cualquiera exige *deliberación*, que es como decir investigación, búsqueda de algo que a primer intento no aparece. Hay una presencia virtual de lo ausente. No se los buscaría si no se los tuviera de algún modo. En la esencia del buscar está la presencia de lo buscado, aunque de manera indeterminada e intencional. En nuestra actitud ante el bien y la verdad se *empieza* por desear algo *ausente*.

La belleza, al contrario siempre aparece; es un hallazgo misterioso, súbito. No preexiste la conciencia de algo que está y debe estar. La *verdad del ser* aunque nos sea desconocida y sepamos que jamás será develada, nos es permitido conocerla, sin embargo como algo que necesariamente está allá, en el ser mismo. Y el *bien* debe ser predicable analógicamente de algunas acciones entre todas las nuestras y negado de otras. Pues antes de saber cuál es la acción o cosa buena (determinada) sabemos que el bien de alguna es *necesario*, aunque sea problemático saber cuál lo sea.

¿Ocurre esto con la belleza? De ningún modo. Antes de conocer *una cosa determinada bella*, no tenemos ni siquiera vagamente la seguridad de que alguna debe serlo. Ninguno de aquellos problemas que para la verdad y el bien se formulan se presenta aquí. Pues sólo conocemos que *hay* belleza cuando se nos ha *presentado* en un objeto determinado; y entonces ya no se plantea el problema que allá se planteaba de saber si es ese objeto susceptible de ser dicho bello (como allá de ser determinado como bueno o verdadero).

Sin *verdad* y sin *bien* no podríamos vivir en cuanto hombres. Sin belleza sí. La belleza no es una necesidad sino un obsequio, un don gratuito. Es exceso, un rebasamiento del ser, una gracia.

Pero el hombre en su condición existencial toma en serio la belleza. En cada existencia humana hay contacto con la belleza y en algunos hasta lucha cruel por ella. La belleza no es para el hombre pasatiempo ni modo de juego: es cosa seria por la que da a veces hasta la vida, renunciando a la salud, al sueño, a los placeres. A pesar de ello la vinculación con el hombre es extrínseca. El hombre, tomado como persona, puede *descansar de la belleza*; pero no puede descansar del bien ni de la verdad.

2. La definición de la belleza como *splendor* alude a ese carácter de desprendimiento, de existencia innecesaria, de aparición por superabundancia. ¿Qué papel puede tener en la marcha mecánica o moral del universo la excesiva belleza del cielo estrellado o de las flores innecesariamente exuberantes en belleza?

Privilegio de la belleza entre los trascendentales es el darse intuitivamente. Se llega a ella en un conocimiento por connaturalidad. La intuición para nosotros exige un objeto singular donde la belleza se manifiesta. Esto induce a decir a alguien: La Belleza es bellezas¹. Hay razón en destacar que lo bello sólo nos es posible *percibirlo* con el apoyo de lo individual; no la hay cuando se censura a Platón por haber buscado una *explicación* teórica para la belleza, una razón común a las cosas bellas. Nunca hemos percibido normalmente la belleza en sí, sino en estado de peculiaridad. Allí en el individuo, en la concreta creatura es donde nos arrebató y estremece. La belleza proporcionada a nuestra condición natural es la de los objetos visibles, singulares. Jamás hemos *visto* belleza fuera de algún *individuo*, como suspendida en el aire y en estado de universalidad. Pero junto a esto descubrimos que lo que hace bello al individuo bello es algo como de prestado, un elemento simple, como una luz, una gota de algo inmaterial que palpita en la huyente materia. La belleza, aunque descubierta con el sentido, no está ni en las manos ni en el rostro ni en ninguna parte del cuerpo "sencilla, pura . . . no infectada de carnes ni de colores . . ." (*Banquete* 211, e.). La belleza no son las vísceras de Alcibíades.

La belleza es una *aparición* de la perfección, no una conceptualización de ella. Las cosas bellas tienen una nota de plenitud, de supremo acabamiento. Nada se les debe quitar ni poner; por eso son bellas. Pero la debilidad de la belleza está en que tiene consistencia de brillo; es entre las cosas como un relámpago furtivo, como una chispa ardiente en el seno del hielo. El objeto bello parece ser el punto en que se tocan lo que es perfecto y consiste y lo que es imperfecto y temporal. El devenir es un no-ser, bien lo supieron los griegos y bien que les dolió, como nos duele a nosotros si no estamos descuidados.

De todo lo que hallamos *dado* en el mundo, lo más perfecto, lo más puro es la belleza (cuando se da pura, que no es frecuente). Su fugacidad es sin embargo la mayor de todas. En nada muerde el

¹ GARCÍA BACCA: Introducción al *Hipias Mayor* p. XXII XXIII. Univ. Nc. A. de México, 1945.

tiempo con más celeridad y saña como sobre la belleza. Acaso por ser lo menos del tiempo de cuanto en este mundo ha caído. El tiempo la rechaza como por fuerza centrífuga, la saca pronto fuera de sí como si le molestara su perfección, la cual nada puede sacar del tiempo pues es toda acto, sin potencia alguna.

Pero si bien la belleza es fugaz, es de las cosas que no *devienen*. La belleza es breve, pero porque desaparece no porque cambie accidentes quedando en esencia la misma. Al percibir la belleza con ojos y oídos entramos al núcleo óptico-inmutable; si cambiara sería para pasar a la no-belleza, no cambiaría ella sino que se esfumaría. Así ocurre. La belleza es algo quieto, rígido; no es fortuito que tantos artistas hayan hablado del "instante eterno", aparente contradicción, pero único modo de decir que en la belleza se une un trascendental divino con lo mundano.

Nada de accidentes en la belleza; es toda ella, sin corteza ni supranstancia; es una substancia que se manifiesta a los ojos sin accidentes, sin colores, sin forma, sin ruidos, sin peso. Ella es el punto de contacto entre Dios y su creación, y cae del lado de lo trastemporal; es la negación más violenta del tiempo, aunque éste la pisotee y embarre.

"La flor de la juventud" llamaban los griegos a cierto momento de plenitud en la belleza humana. Es algo más que una simple metáfora. Así como la flor es signo de la plenitud de la planta y algo como separado de ella (es fácil desprender la flor de la planta, a veces su unión es un punto, un hilillo, apenas lo necesario para sostenerse, como si estuviera ansiosa de escapar), así la belleza de la juventud, menos duradera de lo que se piensa, es la plenitud del animal humano y como separada del cuerpo. Cosa diferente al rudo cactus es su flor inmaculada, sutil más que la seda, cosa de diferente mundo. De igual modo la belleza de la juventud es algo *suspendido* de un cuerpo, pero sin nada de común con él. El cuerpo es el sostén necesario, la rama donde se prende la flor. No tenemos más que dejar pasar un tiempo y queda sólo el soporte. Como la belleza no es cosa materialmente separable parece que fuera lo mismo que queda, y algunos la comparan a una disposición de partes, a un orden formal. En realidad la belleza de la juventud es heterogénea al cuerpo, al ser que *la lleva*, y al organismo del que parece ser propiedad. Es algo venido de otro mundo, *otra* cosa inasimilable a su inmediato soporte, como la flor no es la sucia corteza del tronco.

¿Quién puede negar por otra parte que aunque no las reduzcamos a concepto alguno todas las cosas bellas son como hermanas? “La belleza que en un cuerpo se halla es hermana de la que en otro reside” (Platón, *Banquete* 211, b.). La joven bella es pariente de la flor y el claro cielo azul de un alma bella. Entre las cosas bellas hay una “correspondencia”, no en lo demás que tienen sino en el ser bellas. Y ese elemento común es lo que quiere Platón entender y con él todo espíritu curioso lo desea. En el objeto bello y en ocasión de la belleza advertimos algo que le está como sobreagregado; algo que por ser tan firme y eterno en su esencia no le puede deber su existencia a este ser que lo porta, el cual, bien lo sabemos, es mortal y muriente. Si Platón pretendiera definir la belleza como quien define el triángulo o los miriápodos, derecho habría para decirle que el método es inapropiado. Pero lo común a que Platón apunta no es una fórmula nominalista sino una entidad. No por usar conceptos se ha de reducir su objeto a lo fríamente genérico. La belleza, como bien lo entrevé Platón, no es género, no es especie, está por encima de determinaciones lógicas: es un inteligible trascendental.

Aparece aquí la necesidad de crear un tipo de conceptos: los análogos. No basta con una mera generalidad, es menester pensar en un modo diferente de predicarse ciertos conceptos, en que no se predicán con igual fuerza de todos los sujetos. Los axiólogos contemporáneos hablan de un “universal centrado” (valor) y un “universal abstracto o uniforme” (concepto). Si bien se mira no es esencial la diferencia con la clasificación de los conceptos en análogos y unívocos.

Entre esos conceptos debemos colocar al de la belleza (sin confundir el concepto con su objeto formal). Hay una belleza propia, un paradigma al cual se aproximan o del cual se retiran las cosas.

Resumen

1. El lugar en la existencia humana de Bien y Verdad es muy diferente al lugar de la Belleza. A aquéllos no se los conoce y se los busca. A ésta no se la busca, se nos viene encima. Es *necesario* que “algo” sea verdad y “algo” lo bueno. El hombre no puede *pensar* sin postular la verdad, no puede *hacer* nada sin postular el bien. Y como un hombre que no piensa ni obra no es hombre concluimos que la esencia humana es inseparable de esos correlatos. Si no están en esce-

na el bien y la verdad están entre bastidores; pero están omnipresentes en nuestra vida. La belleza es un exceso, una gracia.

2. La belleza está como *prendida* a la "materia" y a la "singularidad" de *lo bello*. La fragilidad de la belleza no significa que ella cambie en el tiempo. El individuo que la porta es temporal, pero ella no deviene. El concepto por el cual pensamos lo que hace bellas a las cosas bellas no debe confundirse con el objeto que se conoce ser común a todas. Debemos pensar a éste entonces, como un ente análogo, mejor como un trascendental del ser; pero que en la manera de dárse nos difiere fenomenológicamente de los otros trascendentales: Bien, Verdad.

No nos hemos preocupado de separar las afirmaciones de carácter fenomenológico de las que tienen un alcance metafísico. La descripción fenomenológica no agota nuestra necesidad de comprender, y sus conclusiones valen como índice de la verdad, que no es un objeto fenomenológico. Acaso estas observaciones nos sirvan de apoyo para entender una afirmación de Stanislas Fumet que posee hondo alcance metafísico: "La belleza es el bien que se da en espectáculo para hacer amar el ser" (*El proceso del arte*, Trad. O. Lira, Madrid, p. 52).